

MEMORIAS

LAMAR ODOM

con Chris Palmer

Traducción de
Héctor Castells Albareda

CONTRA

From Darkness to Light

© 2019, Nunnbetter Productions. Publicado según acuerdo con BenBella Books, Inc., Folio Literary Management, LLC, e International Editors' Co.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Septiembre de 2019

© 2019, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2019, Héctor Castells Albareda, de la traducción

© Scott Hebert, del retrato de Lamar Odom de la cubierta

ISBN: 978-84-120287-9-9

Depósito Legal: B 19.018-2019

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para Cathy, Mildred, Liza, Destiny y Lamar Jr.

—L. O.

A mis padres, Ransford y Sally

—C. P.

I

Aquí nací yo
Y aquí murió ella.
Si cierro los ojos, lo sigo viendo todo.
Afuera hace frío. No hay hojas en los árboles.
El hormigón está resquebrajado, hecho pedazos.
Cathy tiene que coger el autobús.
No sabe dónde está Joe.
El dormitorio está vacío.
Yo estoy solo.
Soy Lamar Joseph Odom.
Y estoy vivo.

ERA OTOÑO, Y TENÍA VEINTITRÉS AÑOS. Ella siempre había querido tener un hijo. Un niño que, de mayor, sería alto y guapo. Cuando se quedó embarazada vivía con su madre en un altillo y trabajaba para el Departamento de Transporte de la ciudad de Nueva York, en Queens.

Joseph Odom era un carismático veterano de la Guerra del Vietnam que trabajaba como conserje en las viviendas de protección oficial de Woodside, en Queens. Mi madre estaba allí visitando a una amiga cuando Joe reparó en ella por primera vez. La conquistó

gracias a su buena planta y a su encanto natural. A ella le gustó su sonrisa; a él, sus hermosos ojazos. Él tenía veintitrés años. Ella tenía veintiuno y empezaba a abrirse camino en el mundo.

Poco después de su primer encuentro, la alta, grácil y hermosa Cathy Mercer caminaba por Woodside cuando Joe la vio de nuevo. Él estaba cortando el césped y tenía las botas manchadas de verde. Apagó el cortacéspedes y salió a su encuentro en la acera.

—¿Qué tal, Flaca? —le dijo.

Así es como la llamaría en adelante. Un apelativo cariñoso para romper el hielo y desmarcarse del resto de pretendientes.

—Pues nada, aquí, intentando volver a casa —respondió Cathy—. Pero estoy sin ficha.

Necesitaba coger el tren de las siete. A Joe solo le quedaba una ficha para el metro en el bolsillo. La necesitaba para regresar a casa.

—Toma la mía —le dijo.

Se palpó los bolsillos y depositó la ficha en la palma de la mano de ella. Cathy sonrió y le dio su número de teléfono.

—¿Me llamarás, verdad? —preguntó.

—Ya me he memorizado el número.

Mi padre caminó las setenta y dos manzanas que le separaban de casa. Se tiró el camino entero repitiéndose el número. Aquella ficha, tan pequeña como inequívocamente neoyorquina, es el principio de mi historia.

Joe creció en Williamsburg, en Brooklyn, mucho antes de la invasión hipster.

«Andábamos por el barrio —me contó mi padre años después—. Teníamos que buscarnos la vida. No era lo bonito que es hoy. Había drogas y tentaciones. Éramos jóvenes e inocentes. Y vivíamos al límite.»

Mi padre probó la marihuana por primera vez a los catorce años. A partir de ahí, se metería en las drogas duras. Trapicheaba por el barrio. Pasaba a proxenetas, mafiosos y pandilleros, y obtenía sus dosis de un camello del lugar, que le prometía más si conseguía vender en la calle.

A menudo acababa en un edificio abandonado colocándose. Sus padres se sulfuraron cuando dejó el instituto en segundo de bachillerato. Cuando Joe se lo contó finalmente a su padre, este le ordenó que se metiera en el coche familiar, un Cadillac Eldorado de 1968. Se pasaron dos horas conduciendo, hablando de repercusiones y de sueños, y del rumbo que estaba tomando la vida de Joe.

De vuelta a casa, mi abuelo apagó el motor. Se quedaron sentados en silencio durante diez minutos. Mi abuelo miró a Joe y se reconoció en el benjamín de sus cinco hijos. Mi padre, tan listo, alto y fuerte como era, rompió a llorar.

—Soy drogadicto —confesó.

—Lo sé, hijo —respondió mi abuelo.

Al día siguiente mi padre se alistó en el ejército. Había una oficina de reclutamiento cerca del domicilio familiar. Dos semanas después fue enviado a Fort Dix, Nueva Jersey, para empezar su instrucción militar. Poco después fue destacado en Saigón. Alcanzó el rango de soldado raso especialista y se entrenó con fusiles M16.

Las experiencias en el extranjero lo traumatizaron.

Regresó a Brooklyn derrumbado. Hasta entonces solo había fumado marihuana, pero en Vietnam descubriría la heroína. Muchos soldados la consumían para lidiar con el estrés de cobrarse vidas humanas. Era su manera de sobrellevarlo. Les ordenaban que abatieran a desconocidos: apretaban el gatillo y veían cómo se desplomaban los cuerpos. Aquello destruyó psicológicamente a mi padre. La poca empatía que le quedaba se evaporó.

Joe regresó al piso de sus padres. Tenía veintidós años y estaba paranoico, deprimido, ansioso y desnortado. En las escasas ocasiones en que salía del piso lo hacía mirando atrás constantemente, y solo salía para colocarse. Al cabo de un año Joe se puso en contacto con un funcionario del Departamento de Asuntos de Veteranos, un hombre al que le faltaba un brazo y que conocía la adicción de primera mano. Él le ayudó a recuperar el control. Gracias a él, consiguió un empleo en las viviendas de Woodside.

Cathy y Joe no se conocían muy bien, y a muchos niveles, nunca lo harían. Joe, pese a todo, proclamó que juntos alumbrarían a un príncipe.

La de cosas que un hombre es capaz de decirle a una mujer.

Así pues, el amor floreció en el gueto. El hormigón dio paso a algo más tierno. Joe la amaba, y Cathy contaba a sus amigas la historia de aquel chico de Woodside. Deseaba un marido, un hijo y un hogar. Se habían embarcado juntos en un camino sin retorno. Sus vidas tomarían rumbos dispares, aunque quedarían eternamente vinculadas a mí... lo único que de verdad tenían en común.

Pesé tres kilos y medio al nacer. «Caramba, qué largo», exclamó Joe en el hospital St. John's, justo a las doce del mediodía del primer martes de noviembre. «Y es igualito a mí. Algo habremos hecho bien, Flaca.»

Iba a ser una criatura a la vez adorable y atormentada, querida y olvidada.

Mi abuela, Mildred Mercer, nació en el seno de una familia de aparceros y de antiguos esclavos de Athens, en el estado de Georgia, en 1934. Cuando tenía veintitantos, y después de reunir los veintinueve dólares para costearse el billete de autobús (relegada a ocupar la parte trasera del vehículo, desprovista de aire acondicionado), ella y su hermana se trasladaron de la Georgia rural a un duro barrio obrero del Bronx. Iban en busca de trabajo y con la intención de establecerse y formar sus propias familias.

Cuando Mildred tuvo a su primera hija, Cathy Celestine Mercer, se trasladaron a un modesto apartamento de dos habitaciones en la calle 131 con Linden Boulevard, en el barrio de South Ozone Park, en Queens, al norte del aeropuerto internacional John F. Kennedy. Mis abuelos apoquinaron los doscientos cincuenta dólares de la fianza. La pequeña morada era puro Queens, con su portal negro y su porche cubierto de toldos que daba a una hilera de arbustos podados. Sus vecinos eran conductores de autobús, funcionarios de peajes, barrenderos y empleados de la administración local. Habían encontrado su paraíso en el corazón del barrio más grande e italiano de Nueva York.

Yo crecí en la casa de la abuela Mildred, el permanente centro de actividades vecinales de la calle 131. Siempre que se daba una ocasión especial o sucedía una tragedia, mi familia y los vecinos más allegados se reunían en la casa. Graduaciones, cumpleaños, funerales o nuevos empleos: cualquier excusa era buena para reunirse alrededor de una barbacoa en el jardín trasero, ya fuera para celebrar o para compadecerse.

Mi abuela era la matriarca: dictaba las normas de la casa y los toques de queda, y se aseguraba de que los estómagos estuviesen siempre llenos de sus alitas de pavo, coliflores, pollo frito y empanadas. Yo viví y crecí en aquella casa, excepto durante el breve periodo inmediatamente posterior a la boda de Joe y Cathy.

Fue en 1985, cuando yo tenía seis años. Durante el poco tiempo que Joe y Cathy estuvieron casados, vivimos en un apartamento cerca de la playa de Far Rockaway, en Queens. Entonces formé parte de una familia al completo.

Pero la tranquilidad y los buenos alimentos no durarían. Tengo que hurgar en lo más profundo de mi memoria para rescatar momentos felices de mi infancia, y cuando por fin lo consigo, tengo que convencerme de que sucedieron realmente. Los únicos recuerdos que me sobrevienen con facilidad son de miedo, dolor y ansiedad. En cambio, el recuerdo del olor de la comida de Mildred empieza a desvanecerse, así como la sonrisa angelical de mi madre, que se desdibuja en mi memoria.

Solo queda un niño asustado y desvalido de diez años de edad.

2

EN MENOS DE UN AÑO, las discusiones de mis padres subieron de tono y de frecuencia, inaugurando un periodo de ansiedad, incertidumbre y turbulencia que marcaría mi vida indeleblemente. Fue entonces cuando empezó la violencia. A pesar de que era incapaz de entender el origen de las discusiones y por qué mis padres no podían llevarse bien, sabía lo que era que mi padre le pegara a mi madre. Sus alaridos y los lamentos ahogados que desencadenaban me hacían sentir impotente y que me escondiera de la cólera de mi padre.

Me daba pavor. Y lo que es peor: me marcaría. A día de hoy sigo recuperándome del trauma de haber sido incapaz de proteger a mi madre de aquel estrépito, de aquel dolor y de aquellas discusiones.

Hasta que un día, de pronto, mi madre gritó «¡Basta!».

Y de un día para el otro mi padre se largó, dejando en la estacada a su hijo de siete años. Menos de un año después de la boda, mi padre regresó a las calles, donde se convertiría en poco más que un rumor o un fantasma. Sé que hubo un tiempo en que quiso a mi madre. Muy profundamente. Fue hace muchísimo tiempo, cuando mi mirada todavía era joven. Pero mi padre se largó y mi corazón se llenó de odio. Y, sin embargo, deseaba que me amara más de lo que le odiaba yo a él. Él siempre dispuso del beneficio de la duda... Y su debilidad era más poderosa que la mayor de mis fuerzas.

El odio que sentía hacia él me quemaba, pero seguía buscando su aprobación de yonqui por encima de todas las cosas.

Mi madre y yo nos mudamos a casa de la abuela Mildred, en la calle 131. Mi madre, su hermana, la tía JaNean y yo procuramos rescatar a nuestra familia y resguardarnos de la crueldad de la vida cotidiana. Mi madre y yo compartíamos una habitación en la planta de arriba. Era la primera puerta a la izquierda, la que había sido el dormitorio de soltera de mamá antes de que yo naciera. Mi madre añadió una cama supletoria y despejó parte del armario. Cada noche nos quedábamos hablando hasta que uno de los dos caía dormido. Según parece, el primero en hacerlo era siempre yo.

Cathy no tardaría en conseguir trabajo como funcionaria de prisiones en Rikers Island, una de las cárceles con peor fama del país. Era la época en que no existía la menor garantía de que sus trabajadores regresarían a casa después de haber fichado. Como trabajaba en un lugar tan chungo, casi todo el mundo se pensaba que mi madre era una tía dura como una roca. Pero no era así. Y si bien es cierto que no permitía que nadie se le subiera a la chepa, también lo es que no se endureció. Aquel lugar no conseguiría arrebatarle ni su maternidad ni su feminidad. Su integridad era más resistente que las paredes de hormigón y la alambrada de cuchillas donde habitaban la desesperanza y el desaliento.

A ojos de un niño como yo, Cathy era tierna y angelical. Hermosa. Su voz, tan delicada como una canción en el aire. Ni siquiera sus 175 centímetros de altura me parecieron jamás imponentes. La veía más como alguien protector que prefería el amor a la disputa. Y todo su amor era para su pequeño Mookah. Así me llamaba.

Después de instalarnos en casa de la abuela Mildred, mi vida empezó a recobrar cierta apariencia de normalidad. El sonido de las cantantes favoritas de mi madre, Anita Baker y El DeBarge, inundaba la casa. Me acuerdo de cómo cantaba «Giving You the Best I Got» de Anita, mientras la abuela Mildred freía el pollo en la cocina los sábados por la noche.

Aquella fue la mejor época de mi infancia. Mi madre era feliz. Y yo me sentía a salvo. Era un niño normal.

En 1991 cumplí doce años y entré en los Lynvet Jets, un equipo de fútbol americano para chavales de entre once y catorce años. Si no trabajaba, mi madre asistía prácticamente a todos los partidos. En mitad de uno de aquellos encuentros de sábado por la tarde, mientras jugaba de quarterback (me bauticé a mí mismo como «Randall Cunningham de chaval»), me desplazé hacia la derecha y un chico mucho mayor me pegó un viaje bastante bestia.

Mientras me retorció en el suelo, solo hubo algo peor que aquel dolor en la rodilla: la total vergüenza que sentí cuando mi madre se precipitó al terreno de juego para socorrer a su único hijo.

—¡Mamá! ¿Qué estás haciendo? —exclamé mientras mis compañeros se reían.

En Navidades los regalos bajo el árbol escaseaban. Los cumpleaños solían ser igual de parcos. A veces se trataba de una prenda deportiva o de un cartucho para la Nintendo, pero a mí no me importaba porque sabía que mi madre hacía lo que podía. Hubo una Navidad en particular en que hubiese preferido que no lo hubiera hecho. Se pasó un mes haciendo horas extras en Rikers para comprarme una nueva y molona bicicleta de montaña provista de neumáticos resistentes y rayas de carreras. El único problema es que tenía un manillar raro y anticuado en forma de U. Cuando pedaleaba en bajada tenía que girarlo aparatosamente para evitar que las rodillas se me subieran a los hombros. Resultaba imposible parecer un tío guay cuando ibas montado en ella, así que la candé detrás de casa y crucé los dedos para que mi madre no se enterara de que había dejado de montarla.

A los siete años, boté por primera vez un balón de baloncesto. Sucedió en la Escuela Pública 155, un colegio que quedaba a una manzana de mi casa: bastaba con doblar a la derecha al salir de mi portal para llegar. Los niños se reunían allí al salir de clase y los fines de semana, y no paraban de corretear sobre el asfalto imitando a dioses del baloncesto como Rod Strickland, Mark Jackson o Pearl Washington. Lo hacían arrojando la pelota contra el aro con las dos manos.

Cuando empecé secundaria, dirigí mi atención a Lincoln Park, donde físico y destreza se batían a diario. El parque tenía una despia-

dada pista de cemento provista de aros sin red, y quedaba a la sombra de la Van Wyck, la interestatal 678. Era el lugar donde se cortaba el bacalao en el barrio. Allí, o demostrabas lo que valías o te volvías para casa. A mí me ayudó pegar un estirón cuando estudiaba octavo: pasé a medir más de metro ochenta. Siempre jugaba con tíos mayores, más rápidos y más fuertes que yo. Cuando tenía trece años les decía que tenía quince para que me dejaran jugar. Entonces empezó a circular una coña recurrente: cada vez que confesaba mi edad, alguien me decía: «Joder, hace dos años que tienes quince años».

Mi juego mejoró rápidamente gracias a las brutalmente didácticas sesiones en Lincoln Park. Yo me jactaba de ser la reencarnación de Magic Johnson. Me flipaba ver cómo un base de más de dos metros ponía a la muchedumbre a sus pies repartiendo asistencias sin mirar, y lo mucho que disfrutaban sus compañeros de jugar con alguien capaz de pasarles la pelota desde prácticamente cualquier posición. Había descubierto desde bien pequeño que si bien mi cabeza deambulaba sin pena ni gloria cuando estaba en clase o tenía exámenes, sobre la cancha de baloncesto lo leía todo con facilidad.

Me convertí en alguien capaz de aportar soluciones. Allí donde el resto de chavales forzaban los tiros, yo me dedicaba a arrastrar a los defensores y a dar un pase de más. Aprendí lo valioso que resultaba contemplar la pista de cemento en su totalidad para hacer jugadas, en lugar de quedarme botando la pelota sobre el pavimento con la mirada clavada en el suelo. No era una máquina de anotar como Bernard King, pero era insólitamente alto para mi edad y tenía mis virtudes... hasta el punto de que los organizadores de los torneos locales empezaron a invitarme a jugar en Lincoln Park.

Durante aquella época veía a mi padre más o menos una vez al mes. A veces se acercaba para darme algo de dinero o unas zapatillas. Yo seguía sintiendo una profunda animadversión hacia él. El abismo que nos separaba estaba inundado de preguntas sin responder: *¿Por qué nos abandonaste? ¿Por qué pegabas a mamá? ¿Por qué te metiste en las drogas? ¿Por qué intentaste destruir nuestro hogar? ¿Por qué no me quisiste?*

Yo no era más que un mocoso de mierda.

Me imaginaba que las respuestas serían tan duras para él como para mí. Pero el adulto era *él*. Era *él* quien se había largado y escondido, quien se había negado a lidiar con las cosas, dejando que me precipitara hasta el fondo de un pozo de confusión y rencor. Era como si nunca se hubiese planteado el significado de la palabra *responsabilidad*. Colocarse era más fácil. Creía que con solo aparecer y deslizar un billete de veinte dólares en mi mano estaría todo solucionado. En aquel momento no supe entenderlo, pero me estaba entregando la hoja de ruta a seguir: iba a convertirme en todas las cosas que odiaba de él.